JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VII. MUNDO

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
VII. MUNDO

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VII. MUNDO

Mano Izquierda Editores

La multiplicación del virus
quince mil millones de esporas que infestan
los continentes agotados,
una plaga biológica
que se extiende sobre la corteza
con la ciega prisa del contagio.

El hombre no habita el mundo;
lo infecta,
multiplicándose
en los ángulos del plástico
y en los vertederos subterráneos
con el único propósito
de devorar el espacio
hasta sofocar su propia respiración.

Somos una plaga que lleva
el sabotaje escrito en la secuencia del ADN,
un organismo diseñado
para destruir el huésped que lo sostiene
y a sí mismo en el proceso,
creando guerras de onda,
venenos de síntesis y
fronteras de titanio
para acelerar la extinción
de su propio linaje.

La civilización se convirtió
en un rumor de motores y tuberías de evacuación,

un entramado de torres
que devoró la cultura p
ara sustituirla por el ruido.
Los museos, la literatura y el arte antiguo
son hoy secretos inalcanzables,
fragmentos de un lenguaje olvidado
que no figura en los paneles de control.

Todo lo que alguna vez fue sagrado
es hoy un resto ajeno,
una piedra sin nombre
que la masa pisotea
en su marcha diaria
hacia las salas de ensamblaje,
incapaz de comprender
que la cultura era el único espejo
donde la especie podía mirarse.

La fractura del estrato,
la tierra que no escucha las proclamas
del progreso ni el zumbido de los satélites;
se mueve bajo los cimientos de la megalópoli
con la fría indiferencia del tiempo geológico.
Los terremotos
del siglo veintidós no distinguen
entre los barrios de cromo de la élite
y los barracones de plástico
donde la muchedumbre se amontona para morir.

Las placas tectónicas se abren en canal,
agrietando los domos de filtración
y tragándose distritos enteros
con la facilidad
con que un estómago digiere la carroña.
Las estructuras de titanio
se tuercen como ramas secas
en la penumbra del abismo,
mientras los generadores iónicos
explotan en una ráfaga de fuego azul
que calcina los niveles.

En el temblor de la falla,
la tecnología revela su fragilidad absoluta,
los implantes mecánicos
no salvan al cuerpo de ser aplastado
por diez millones de toneladas de hormigón,
y las cuentas bancarias de aire
no compran un segundo de estabilidad
en la falla que se quiebra.

La tierra reclama su geografía
a zarpazos de roca y polvo,
recordando a la plaga humana
que sus ciudades verticales
no son más que moho superficial
sobre el lomo de un monstruo ancestral
que apenas se sacude el peso.

El abismo salobre
desde los océanos muertos,
cargados de metales pesados
y residuos de Litio-Filtrita,
los tsunamis se levantan como murallas negras
que sobrepasan los muros costeros.
Olas gigantescas de agua ácida y viscosa
devoran las plataformas de extracción
y barren las terminales
de transporte automatizado
en cuestión de minutos,
ahogando a cientos de miles de cuerpos modificados
que no aprendieron a flotar.

El mar,
sofocado por siglos de vertidos y radiación,
devuelve el veneno a la orilla,
depositando sobre las avenidas
una capa de lodo químico y
restos de máquinas sumergidas.

Ahí surge lo verdaderamente ajeno
la certeza de que la naturaleza
no es un bien a dominar,
sino una fuerza extraña,
hostil y milenaria que no admite negociación
ni colonización.
Las corrientes profundas
guardan secretos que la biotecnología

jamás logrará descifrar,
abismos donde el agua
aún conserva el recuerdo de un mundo sin hombres,
mientras en la superficie,
la masa sobreviviente
se amontona en las crestas de la ruina,
bebiendo el líquido tóxico
del desastre
porque la sed
es más fuerte que el miedo a la muerte.

El secreto de las ruinas bajo
las capas de sedimento y escombros
yacen los secretos de las épocas doradas,
págicas de historia y ciencia
que la humanidad prefirió borrar
para no sentir la vergüenza del colapso.

Lo ajeno es hoy la propia memoria
de la especie,
nadie sabe quién construyó
las primeras ciudades,
ni cómo era el color de los árboles
antes de que la genética
los transformara en fibra industrial.
Los niños crecen en un mundo
sin referencias, sin pasado,
sin mitos propios,
guiados únicamente

por los manuales de consumo
y las advertencias de la cuota hídrica.

Nos hemos vuelto extraños
para nosotros mismos,
seres ensamblados con retazos de metal
que caminan sobre la tumba
de su propia historia
sin detenerse
a leer las inscripciones.

La cultura ha quedado reducida
al murmullo de los enfermos
en los canales de desecho,
a cuentos sobre lagos de agua dulce
y cielos azules que los jóvenes escuchan con burla,
convencidos
de que la única realidad posible
es la prisión de concreto
y la ración transgénica.

El único testigo en el silencio final
está por encima de los terremotos,
de las olas de veneno y
del exterminio mutuo,
el planeta permanece como el único
mudo de la tragedia.

La tierra ha visto nacer
y caer a mil especies
antes del primer balbuceo del hombre,
y observará
con la misma calma de piedra
el momento en que la última voz
se apague en los barracones.

No hay juicio en la roca,
no hay venganza en el océano,
no hay odio en el terremoto;
hay únicamente la ley invariable
de la materia
que recupera el espacio usurpado.

Cuando la plaga del virus humano
termine de consumirse
en su propio sabotaje,
cuando el último generador se detenga
y la luz artificial
se extinga en las torres,

el planeta
seguirá girando

en la penumbra del espacio,
mudo, frío e intacto
en su centro.

Lavará
sus heridas de plástico
con la lluvia ácida de los siglos,
esperando en silencio
a que el viento
borre las cicatrices de cromo y titanio,
hasta que no quede una sola prueba
de que un día,
un día,
sobre su superficie erosionada,
existió una criatura
que prefirió destruirlo todo
antes que aprender a convivir
con su propia sombra.

Mano Izquierda Editores